

BX 1386

.E9

12



## EL CATOLICISMO

EN PRESENCIA DE SUS DISIDENTES.



### CAPÍTULO PRIMERO.

Las riberas del Danubio. — La Servia, sus antecedentes y su actualidad. — La religion del Estado. — La Rusia haciendo sentir allí su influjo. — El clero y su condicion social. — El Uladika secularizado por el zar. — Belgrado. — Los montes Kárpatas y los Balkans. — Valaquia. — Diversidad de administracion religiosa. — Dones del zar. — Sesenta y seis iglesias griegas en Bukaresti. — ¿Qué utiliza de esto la sociedad? — ¿Qué la Religion? — Un domingo en Giurgevo. — Silistria. — Lances repugnantes en Tuldscha. — Varna. — Turcos observantes. — Conversacion de una santipe. — Misiones católicas en los Principados. — Estadística.

Navegaba yo el 24 de junio (1) por un gran rio, que despues de oponer en sus rápidas corrientes y en el caudal inmenso de sus aguas una formidable barrera á la ambicion de los Romanos, señala sus límites hoy á los dos mas vastos imperios de la Europa. Sus riberas, en parte bajas y elevadas en parte, ya presentan pueblos edificados sobre colinas, ya grandes campiñas sometidas con frecuencia á las inunda-

(1) 1853.

ciones y cubiertas de pantanos insalubres. Las ciudades de Hungría parecían desfilarse al través de la corriente, y la majestad del Danubio inclinarse formando curvas en presencia de las imponentes fortalezas de Buda y Peterwardein. ¡Cuántas ideas se ofrecían entonces á mi imaginación! Pronto iba á atravesar países para mí desconocidos, iba á visitar luego la tierra más célebre en la historia religiosa y política, y á conocer por mí mismo la cuna de la humanidad y de la civilización. ¡El Oriente! Allí la famosa Bizancio con la soberbia majestad de sus palacios, con sus tradiciones que añudan tantos siglos, y con la gloria de mil hazañas á nada comparables sino á las proezas de los héroes de Roma y de la Grecia que heredó ella, reuniendo la historia de estas dos naciones. Esa misma Grecia, fecunda madre de los sabios que legaron en sus códigos modelos de prudencia y de sabiduría á todos los gobiernos civilizados; esa Grecia que dejó al mundo tan bellos ejemplos de virtudes morales que imitar. ¡Pero todo esto se encorva, se anonada y desvanece en presencia de la Palestina!!! Allí donde una sucesión de misterios encadena y arrastra en pos de sí la historia de todo el género humano, allí donde enfra un pueblo rescatado por un libertador y de donde se derrama otro redimido por uno Nuevo con su muerte. La imaginación se engolfa en un mar de reflexiones, cuando con sus ojos ve ese mundo á quien ántes la distancia y lo solemne de sus tradiciones no se lo permitían divisar sino como envuelto en velos misteriosos. Viajar por la Palestina, visitar el país bíblico, había sido siempre en mí un deseo ardiente: las piadosas peregrinaciones de Chateaubriand y las bellas pinturas de Lamartine estimulaban mi deseo; pero, por vehemente que fuese, su ejecución juzgué siempre un imposible. ¡Este imposible ahora se realiza! Una serie de acontecimientos extraños, y que han de quedar para siempre consignados en la historia de uno de los Estados de Sur-América, contribuyeron á darle realidad. Y no soy en este caso un juguete

del destino; no: yo cumplo una disposición de la Providencia, y soy afortunado llenando al mismo tiempo mi deseo.

Entraba en la Servia, cuya historia cuenta tantos siglos, y cuya actualidad hoy está para tantos como envuelta en un oscuro manto; Semlin y Belgrado estaban delante de mi vista, mostrando en su fisonomía que del esplendor imperial que en otro tiempo hizo glorioso el nombre de Douchan, no resta hoy más que una pálida sombra en un príncipe tributario que se sienta sobre su trono. El pueblo servio, que contaba en otro tiempo bajo su bandera tantas provincias desde la Romelia hasta la Transilvania, y desde el mar Adriático hasta la Macedonia, apenas hoy posee un pequeño territorio; y el que en 1356 amenazó la capital del imperio de Oriente, no tiene sino un millón de individuos que obedecen sus leyes. Debilitado por las conquistas de los Turcos y de los Austríacos, por las divisiones intestinas y por su misma legislación defectuosa, no podrá fácilmente experimentar alguna favorable reacción. El valor de dos hombres extraordinarios (1), que pudo apenas restituirle esa sombra de libertad que disfruta hoy, no marchará más lejos, aun cuando llegase á inflamar el pecho de alguno de sus sucesores. Ese país medio desierto no presenta grandes atractivos, ni sus sombrías montañas parecen destinadas más que para cobijar á los que huyen de la cimitarra y de la Nevoicha (2) de los musulmanes. La Servia, con todas las formas republicanas que le dan su constitución, no está ménos expuesta á los viciosen frecuentes que cualquiera de los otros países, cuyas costumbres y cuya ilustración no son suficientes para salvarles del azote cruel de la anarquía que amaga hoy á todos los Estados. Su organización, á una con el carácter popular, creyendo á sus panegiristas, la pone á cubierto de toda tentativa revolucionaria; pero estando á los hechos, apren-

(1) Karageorge en 1804 y Miloche Obrenowitch en 1815.

(2) Famosa prisión subterránea cerca de Belgrado.

demos lo contrario. Los movimientos, las conspiraciones y los cambios de gobierno se han sucedido con rapidez, describiendo á grandes líneas la imposibilidad de una administración en que á un pueblo entero se conceda acción directa.

El orden religioso también ha sufrido frecuentes alteraciones después de Focio, que entrañó todos los países del Oriente en su desgraciado cisma. Una ley civil creó en el siglo catorce (1) el patriarcado, designó para él al metropolitano de la Servia, y este continuó ejerciendo las atribuciones de tal dignidad, hasta que el mismo gobierno vino á ponerle trabas en su ejercicio, estableciendo un sínodo que fué llamado administrador de la Iglesia servia. Este se reúne anualmente en Belgrado, « y es compuesto por cierto número de curas, de obispos y del arzobispo, que lo preside como metropolitano. Él nombra los obispos y elige al metropolitano con aprobación del gobierno para todos, y la investidura por el patriarca de Constantinopla para el último solamente. El sínodo forma también el segundo y último recurso en negocios eclesiásticos en toda la Servia. El tribunal de cada obispo es el primero en su resorte. El sínodo propone solamente al ministerio de instrucción pública, sin tener autoridad para establecer nada por sí solo. Los curas son nombrados por el obispo correspondiente, y con mucha frecuencia á petición de la parroquia. Los sacerdotes se casan, son populares, y regularmente queridos del pueblo. El sacerdote servio ruega á Dios con el pueblo en la iglesia ó bajo los árboles santos para salvar los hombres y bendecir los campos; se bate con el pueblo en el campo de batalla, y se divierte con él en las fiestas populares. » Á este bosquejo que del estado actual de la Iglesia de Servia nos dan dos escritores nacionales (2), añadiremos solamente que una multitud de clérigos rusos, establecidos allí y empleados en las escuelas

(1) Año de 1349.

(2) Iankovitch y Grovitch.

y en las parroquias, fortifican más y más la influencia del sínodo moscovita en los negocios eclesiásticos, así como la del zar en los políticos. El pueblo ilustrado los mira de reojo, y ya alguno ha previsto consecuencias funestas para la Iglesia y para la nación que se han de seguir de aquella influencia. Los obispos son cuatro, á saber: los de Belgrado, Chabast, Negotin y Tehatchak.

Algunos eclesiásticos hacen ciertos estudios en un mediano colegio establecido en Bogoslavia, pero son muy pocos, y el clero por lo general es ignorante como el de Rusia, por el que trata de nivelarse tomándolo por su modelo. Sus costumbres tampoco corresponden á su estado, pues mezclados casi siempre en los negocios públicos, descuidan los que por su ministerio les convienen mejor. Mas de una vez han dado muestras de buenos militares, como el archimandrita Melenti contra los Turcos, por ejemplo.

El orden religioso en la provincia de Montenegro difiere del que acabamos de hablar, sin embargo que los habitantes de uno y otro país hayan sido ántes miembros de una sola nación. Mas sabido es que los Uladikas de Montenegro administraban á la vez ambos poderes en aquel país montañoso y entre aquellos habitantes semibárbaros. El Uladika tan pronto estaba en el altar ofreciendo á Dios sacrificios por el pueblo, ó con su báculo pastoral en mano exhortando á la paz, mansedumbre y caridad, como puesto á caballo armado de su espada y al frente de una división de soldados fogosos que median sus fuerzas con la tropa turca, y mantenían la independencia nacional. El verdadero origen de este doble poder no debemos buscarlo en otro motivo que en las circunstancias de un país tan falto de ilustración como pobre de recursos y de hombres capaces para la dirección de los negocios públicos. El Uladika es elegido por los jefes de los pueblos, que en nombre de estos le prestan juramento de fidelidad; mas el carácter de obispo lo recibe hoy del sínodo ruso, que disputó esta atribución al metropolitano de los Servios, que

antes la ejercía. En 1852 el Uladika Daniel (1) fué á San Petersburgo, y obtuvo del zar la separacion del principado temporal del episcopado, y reservándose aquel abdicó este en el sínodo moscovita, que nombró por obispo á otro miembro de la familia Niegoche. De esta manera, despues de haber corrido dos siglos unidos en los Uladikas los dos mas altos poderes que se conocen en la sociedad, la autoridad del zar los separó con ganancia de la *ortodoxia* tan á propósito para preparar mayores expansiones á la influencia moscovita. El clero cristiano de Montenegro cuenta diez monasterios con ciento veinte y cinco monjes y doscientos treinta presbíteros casados.

Belgrado, que presenció tantos combates, resistió tantos asaltos, y cuenta tantas glorias, se eleva majestuosamente entre el Danubio y el Save; una roca escarpada, fortificada de una manera inexpugnable, sirve de cuartel á la guarnicion otomana. ¡ Allí ví por primera vez tremolar el estandarte de la média luna ! ¡ Allí diez minaretos que distinguen á otros tantos edificios dedicados al culto mahometano ! En el seno de la ciudad, falta de aseo y de elegancia, se elevan numerosas iglesias que pertenecen al rito griego, y algunas al católico romano.

La majestad del Danubio en este lugar solo puede compararse con la de esos rios inmensos que cruzan las regiones del Nuevo Mundo. Las arboledas que arrastran sus verdes ramos sobre las aguas, los campos cubiertos de sementeras, las chozas pequeñas de los pescadores y hasta los trajes irregulares de los paisanos llevan la imaginacion á los bordes del Amazónas ó del Misisipí. Pero aun es mas imponente cuando recogiendo la gran masa de sus aguas en un solo cuerpo, se precipita el Danubio en el estrecho paso que le abren los montes Kárpatas y los Balkans, para correr luego treinta leguas con una velocidad indescribible. Los cuadros

(1) Daniel Petrovitch Niegoche.

de esta especie que de cuando en cuando ofrece la naturaleza dan idea al entendimiento de la grandeza del Criador.

La Valaquia y la Bulgaria no tardaron en ofrecerse á mi consideracion con la pobreza y la ignorancia que allí reinan por todas partes. Miétras que la Bulgaria reconoce al sultan por su único soberano, ella cuenta una inmensa mayoría de cristianos, siendo muy raros entre sus habitantes los Turcos, y estos casi todos comerciantes transeuntes; miétras que en la Valaquia donde un príncipe nacional, cristiano de religion, tiene el gobierno del Estado, los mahometanos son numerosos, y poseen mezquitas y santones. Los Griegos de Bulgaria son gobernados por el arzobispo cismático de Widin y tres sufragáneos nombrados por el sínodo de la provincia con aprobacion del sultan.

No es igual á la de Bulgaria la disciplina de Valaquia, donde la influencia rusa se ha dejado conocer de un modo poderoso y ostensible. El sínodo moscovita sanciona la eleccion de metropolitano que hacen los obispos de la provincia, y aquel necesita ir á recibir en San Petersburgo la investidura de jefe eclesiástico de la Valaquia. El zar, que poco á poco ha extendido su influencia en los principados del Danubio, tomando á la religion por instrumento que ha hecho servir constantemente al desarrollo de sus planes políticos, envia de cuando en cuando sus dones á estos obispos, encargándoles que los presenten al Señor en sus iglesias como señal de su fe sinceramente *ortodoxa*. De esta manera ha alcanzado un prestigio admirable sobre el ánimo y sobre la conciencia de hombres accesibles al interes, y sin valor ni espíritu suficiente para sobreponerse á consideraciones de la tierra. Los cálices y custodias enviados por Nicolas á las iglesias de Valaquia, de Bulgaria y de la Servia tenian propósito muy diverso del que veían una multitud ignorante y unos sacerdotes interesados. « El virtuoso zar, el protector generoso de la *ortodoxia*, el padre de la fe, » como le llamaban los obispos de aquellos disidentes, quiere ganarse el corazon del

pueblo y de sus sacerdotes, para unir mas tarde estos países al grande imperio de Oriente, bello ensueño que preocupa desde atras á los zares moscovitas.

Bukaresti ofrece el espectáculo de sesenta y seis iglesias griegas reunidas en una poblacion de ochenta mil almas, de las que debemos rebajar un tercio que no pertenecen á su comunion; de un clero numerosísimo y de innumerables monasterios que se elevan en medio de jardines, cuya belleza contrasta singularmente con las calles inmundas y sucias casas de aquella triste ciudad. ¿Qué objeto puede tener esa multitud de templos? ¿cuáles bienes producen? Hé aquí la consideracion que naturalmente ofrece un espectáculo semejante. Conozco el objeto de los templos en toda sociedad, y soy el primero en sostener su absoluta necesidad; pero no sé cuál pueda ser el que se propusieron los vecinos de Bukaresti al erigir un número tan exorbitante. Méenos sé cuáles son los bienes que producen, cuando sin dificultad puede afirmarse que las costumbres allí dominantes distan mucho de merecer el nombre de cristianas. La inaccion que en todas partes caracteriza á ese clero, que cual ramo cortado del árbol de la vida no da fruto alguno de virtud ni de buenas obras, jamas se ve tan marcada como aquí: él no se mueve para promover con su palabra ni con su ejemplo la regeneracion de las costumbres horriblemente viciadas, ni para despertar la fe profundamente dormida entre sus correligionarios. Allí donde hay sesenta y seis iglesias y mas de mil eclesiásticos, «son las costumbres tan relajadas que pasa por una de las ciudades mas disolutas del mundo.» ¿Qué ha utilizado pues la sociedad de esa multitud de templos siempre desiertos y de ese coro de monjes y presbíteros tan numeroso, cuando la disolucion de costumbres la carcome y la hará morir necesariamente? ¿Y la Religion habrá obtenido por su parte alguna ventaja? Bien lo responde un pueblo cuyas creencias se reducen á signos exteriores, y cuya religion toda consiste en el fanatismo que lo caracte-

riza. No son la ignorancia ni la preocupacion quienes pueden inspirar ni dirigir la fe de las naciones: á estos vicios acompañan otros muchos, y sus frutos no serán sino viciosos tambien, y de ningun modo á propósito para producir reacciones saludables en los pueblos. Yo convengo que en algunos casos la multitud de templos es prueba manifiesta de la devocion: esos edificios cuya magnificencia asombra, y en los que compite la riqueza artística con los objetos que inspiran fe hablando al corazon el lenguaje elocuente de la piedad, convengo, repito, que prueban existir hombres que abren sus arcas y derraman sus tesoros para levantar templos á Dios, explicándole en ellos el deseo puro que vive en su corazon de que se multipliquen los lugares donde reciba adoracion su santo nombre. Mas una multitud de iglesias pobres donde se oficia sin la debida compostura, donde el pueblo no encuentra objetos aparentes para animar su devocion, y donde léjos de hallar ejemplos fervorosos de piedad, ve encaramados, como en un inexpugnable atrinchamiento, la ambicion y el interes que especulan con la fe del pueblo, ¿de qué aprovecharon á este, repetimos, tales iglesias?

No es mas fervorosa la devocion de los párrocos ó protopopes de las ciudades inferiores de la Valaquia. Un domingo recorrí las calles de Giurgevo, y á pesar que eran solo las diez de la mañana, ya todas las iglesias estaban cerradas, y ningun pope ví fuera de los que se divertian observando el movimiento causado en la poblacion por la llegada del vapor que nos habia conducido.

Silistria, tan célebre por los sitios que repetidamente ha sufrido, y en los que el poder moscovita en vano pretendió rendir la fortaleza de esta plaza, siempre memorable desde el tiempo de Constantino, su fundador, se veía rodeada de un gran campamento, en el que una division del ejército otomano hacia sus ejercicios militares. Silistria me ha parecido una de las poblaciones méenos malas entre todas las de los Principados: sus altos minaretos, coronando las in-

mentas fortificaciones que defienden la ciudad, producen un efecto pintoresco. No es así el que causan las ruinas de Hirsova, ni las calles estrechas, tortuosas y sucias de Brahilow, de Matschin, de Galatz y de Tuldscha. En esta ví por primera vez escenas que repugnan ciertamente á personas educadas en otros principios que los mahometanos. Unas cuantas familias de oficiales otomanos entraron á tomar pasaje sobre la cubierta del vapor: el marido, las mujeres, los niños y los esclavos hacian un conjunto chocante por su fisonomía, y mucho mas chocante aun por la apreciacion moral que podria hacerse del papel que desempeñaban en la familia algunas de aquellas personas.

Las famosas bocas del Danubio habian ya quedado atras, y la ciudad de Varna sobre el mar Negro presentaba un movimiento extraordinario: una division del ejército otomano estacionada en ella coronaba con gruesa artillería sus fortificaciones, y la ponía en estado de hacer una resistencia larga y vigorosa, en caso de sufrir algun ataque. El ramadan mientras tanto principiaba, y los vecinos de Varna de religion mahometana, recostados en los mostradores de sus tiendas, ó á la sombra de cortinas, no hacian otra cosa que repasar las cuentas de su rosario, evitando cuidadosamente todo motivo de impaciencia y todo género de molestia que pudieran hacerles perder el mérito de su ayuno. Un soldado llegóse en mi presencia á uno de estos observantes, y dijole alguna cosa al oido: el viejo Musulman, levantando un gran baston: « Mira, si no estuviésemos en dias tan santos, le gritó, llevarias ahora lo que mereces; pide al profeta te perdone, como yo por él tambien lo hago. »

En la catedral de Varna nos recibió una santipe, y en su larga relacion pintó la cadena de injusticias y violencias que, segun ella, experimentan allí los cristianos: hacia votos fervorosos por el zar, que á su juicio era el único medio de poner término á aquellos infinitos males. Mucho pareció afectarse nuestro guia oyendo á la santipe:

él, como de su misma comunión, participaba tambien de sus ideas, pero « en la espada del protector de la *ortodoxia* divisaba la pronta redención de sus correligionarios. » Los Griegos de todas partes repetian este mismo relato: mas tuve ocasion, y repetidas veces, para persuadirme que su imprudente conducta y sus bravatas temerarias y continuas eran casi siempre el origen de los lances desagradables que en esta época inauguraban la desastrosa guerra que estalló mas tarde entre la Rusia y la Turquía.

Hemos echado una rápida ojeada sobre las Iglesias griegocismáticas del Danubio; mas existen todavía en los Principados otros disidentes, formando algunos de ellos numerosas comuniones, como la de los Romanos (1) por ejemplo, que tienen su patriarca en la Valaquia, y otras ménos numerosas que no cuentan con auxilios para establecer su jerarquía administrativa. Por la simple relacion que acabamos de hacer, formada en vista de los datos que nos prestan nuestras propias observaciones, y los que nos ofrecen escritores disidentes del catolicismo, fácilmente se conoce cuán distante se encuentran estas iglesias de poseer el carácter de *unidad* que algunos de sus escritores han pretendido para ellas. Por cierto esa multitud de patriarcas, de metropolitanos y de obispos, cada uno con sus pretensiones de supremacía sobre los otros, está muy distante de formar un solo cuerpo con las demas comuniones cismáticas del Oriente, en cuyos pastores se encuentran las mismas exigencias; tanto en estos como en aquellos creemos divisar mas bien las monstruosas cabezas de la bestia del Apocalipsis, enemigo cruel de Jesucristo, el mas hermoso entre los hijos de los hombres, autor de una sola Iglesia indivisible, y cuya fe no admite separacion entre sus creyentes.

Relaciones que debemos á escritores dotados de la mas severa imparcialidad, nos dicen bien los obstáculos que los

(1) Se suponen descendientes de una colonia de Trajano.

misioneros católicos necesitan superar para sostener sus templos y sus escuelas entre hombres que reputan como virtud hostilizar á cuantos disienten de su fe; en medio de pastores cuyo carácter no es la prudencia ni la sencillez que recomienda el Evangelio, y bajo el influjo de autoridades que participan de las preocupaciones de aquellos y del supersticioso fanatismo de estos. Pero la Iglesia de Dios, figurada en el árbol cuyas ramas se extienden sobre todas las naciones de la tierra, sin sucumbir bajo los golpes, ni detenerse en presencia de los obstáculos, marcha con paso firme, extendiendo sus espirituales conquistas sobre los corazones y los entendimientos que arrancó de su seno la mala fe, la ambicion y demas vicios personificados en los fautores del cisma del Oriente. *El catolicismo triunfa en todas partes.* Este es el gran hecho de influjo universal que hoy experimentan todos los pueblos del globo, y que por sí solo demuestra la divinidad de la verdadera y única Iglesia de Jesucristo. En Bosnia, Bulgaria, Moldavia y Valaquia existen vicarios apostólicos de orden episcopal, á quienes incumbe dirigir las misiones esparcidas por todos estos vastos territorios. Doscientos sesenta mil católicos existian en 1852 (1), doscientos sesenta mil que, mediante la proteccion visible que concede la Providencia al catolicismo y el celo de los pastores encargados de su direccion, aumentarán dia por dia « hasta llenar la medida, y sobrepasar las previsiones de la prudencia humana, empeñada en fijar límites á las disposiciones de Dios. » Las misiones de Bosnia y Bulgaria las desempeñan religiosos de San Francisco, la de Moldavia los PP. Conventuales; y la pobreza y las virtudes de sus individuos, que conocí y pude apreciar personalmente, son edificantes. En la Valaquia ejercen las funciones del apostolado los clérigos de la Pasion, y su celo y constancia son superiores á todo elogio.

(1) Tomo este dato de los escritores servios no católicos que he citado poco ántes.

## CAPÍTULO II.

El Bósforo. — Santa Sofia. — Primeras impresiones en Constantinopla. — ¡Cuántos recuerdos! — Las mezquitas y los cementerios. — El ramadan. — Cómo se solemniza. — Asistencia de la corte á la mezquita de Karcáh-Cherif. — El gran scheislan. — Desposorio del sultan en la mezquita de Top-Kana. — Lances desagradables. — El bairan. — Mezquitas de Eyoub y de Achemed.

La hermosura incomparable del Bósforo realiza los bellísimos paisajes que concibe y dibuja la imaginacion de los poetas, reuniendo en un lugar todo lo que hay de grande, precioso y deleitable en la naturaleza. Allí se ven montañas salpicadas de verdes bosquecillos, prados cubiertos de jardines olorosos y soberbios palacios, cuyas formas caprichosas nos ponen en relieve el gusto singular de los Orientales; mil embarcaciones construidas de mil formas diferentes, equipadas muchas con esplendor imperial, y mil hombres que en ellas se pasean por un mar cristalino, completan el soberbio espectáculo que el viajero contempla al entrar por el Bósforo en la antigua Bizancio. Las costas de Europa, divididas solamente por un canal estrecho de las de Asia, unen á las dos partes mas importantes del Viejo Mundo, y de donde las ciencias y las artes salieron para derramarse sobre toda la haz de la tierra. Desde el puente divisaba yo un viejo edificio, cuyos minaretes se elevan sobre todos los demas, y á quien sus formas religiosas anuncian desde luego como uno de los templos de Cristo que sobrevivieron al asedio y toma de Constantinopla, para ser trasformados en mezquitas de Mahoma. ¡Santa Sofia! ¡el orgullo de la corte imperial de Constantino! Sí,